

ÚLTIMO MONO FELIZ

Karlos Cid Abasolo

Traduzco a una lengua extraña. Sus verbos, la estructura de sus oraciones de relativo, las palabras con que designa las cosas antiguas –los ríos, las plantas, los pájaros– no tienen hermanas en ningún otro lugar de la Tierra. Casa se dice *etxe*; abeja *erle*; muerte *heriotza*. El sol de los largos inviernos, *eguzki* o *eki*; el sol de las suaves y lluviosas primaveras, también *eguzki* o *eki*, como es natural. Es una lengua extraña, pero no tanto.

Qué raro: mientras escribo estas palabras, tengo la sensación de haberlas leído en otra parte. En cualquier caso, y aunque corro el peligro de caer en la inevitable intertextualidad, me sirven de punto de arranque para lo que quiero contar.

Un escritor puede decidir escribir en una lengua hegemónica o, si no, en una lengua no hegemónica. Un traductor puede decidir traducir desde una lengua fuente hegemónica o, si no, desde una lengua fuente no hegemónica. Un traductor puede decidir traducir a una lengua meta hegemónica o, si no, a una lengua meta no hegemónica.

Hay lenguas que son hegemónicas bien en varios países, bien en un país¹. Y, entre todas ellas, las hay de 1000 millones de hablantes, como el chino, o de dos millones, como el macedonio.

Y hay también lenguas que, sin ser hegemónicas ni siquiera en un país, lo son en una ciudad, en un barrio, o en la intimidad del hogar.

Hay lenguas no hegemónicas que están desapareciendo cada día y lenguas no hegemónicas que han logrado un cierto estatus de oficialidad y son protegidas en mayor o menor medida por los gobiernos.

¹ Como, por ejemplo, la lengua de [Witold Gombrowicz y Czesław Miłosz](#), con la friolera de 50 millones de hablantes, dato que debería haber disipado las dudas que Gombrowicz manifestó a Miłosz sobre la supervivencia futura de la lengua polaca. En español a eso le decimos “quejarse de vicio”.

Yo, como madrileño, tengo como lengua materna o primera lengua el español, lengua hegemónica en el barrio, la ciudad y el país en el que nací y en casi la mitad de un continente. Dicho sea de paso, me encuentro en una situación lingüística similar a la de los habitantes del Gran Bilbao, ámbito en el que se concentra casi la mitad de la población de toda la Comunidad Autónoma Vasca.

Cursé en Madrid, donde siempre he vivido a excepción hecha de los dos años que pasé en la extinta Checoslovaquia, la carrera de Filología Hispánica. Desde mis inicios en la universidad me interesó la traducción, y, con los antecedentes descritos, lo lógico habría sido aprender una o varias lenguas y llegar a traducir de esta o estas a mi primera lengua. “La lengua meta debe ser la lengua materna del traductor”, aconseja la lógica traductológica². Mi currículum como traductor demuestra que no he respetado dicha norma: de las ocho obras literarias que he traducido y publicado en mi vida, mi primera lengua solo en un caso fue la lengua fuente y solo en dos la lengua meta. Una segunda lengua, el euskera, ha sido la lengua meta de seis de las ocho traducciones y la lengua fuente de una de las ocho. Una tercera lengua, el checo, ha sido la lengua fuente de siete de las ocho. Y en las seis traducciones en las que la lengua meta ha sido el euskera, la lengua fuente ha sido el checo, es decir, en seis de mis ocho traducciones no intervino mi primera lengua ni como lengua fuente ni como lengua meta. Así pues, la lógica no se ha cumplido en mi caso, lo cual me hace *rara avis* y provoca que la sombra de la duda se cierna sobre la calidad de mis traducciones. En cualquier caso, traducir al vasco y no tener el vasco como primera lengua no es algo excepcional: hay, como yo, no pocos traductores al euskera cuya primera lengua ha sido el español y que, a diferencia de mí, han nacido dentro de los límites de Euskal Herria, pero en zonas sociolingüísticas donde el español es hegemónico, casi como lo es en Madrid. Así que lo de *rara avis* es preciso matizarlo, aunque vista mucho, la verdad.

Decidir aprender euskera y hacer de esa lengua mi profesión como docente e investigador universitario en la Universidad Complutense han sido dos de los

² Si hubiera seguido dicha lógica, podría haber sido invitado a participar en esta *Carta Blanca* como traductor a una lengua hegemónica. Pero he de ser sincero: de haber cumplido esa norma no escrita, indudablemente, no habría sido invitado.

hitos más importantes de mi vida. Fue un camino iniciado a los quince años que aún perdura. La faceta de traductor ha sido para mí importante, pero secundaria respecto a mi trabajo en la Universidad. La base de ambas facetas ha sido una lengua minorizada, no hegemónica en su propio territorio salvo en algunas pequeñas poblaciones y en determinados hogares, y ni siquiera homogénea hasta después de la segunda mitad del siglo XX. Una lengua que, a día de hoy, no entiende la mitad de la población mayor de quince años de la comunidad autónoma de la que es cooficial. Pero, recurriendo a términos habituales en los tiempos que corren, lo cierto es que gracias a ella encontré un nicho de mercado: profesor de euskera en Madrid y, en mis ratos libres, traductor del checo al euskera. Ninguna competencia. Por ello, poniéndome como ejemplo, y apelando a razones prácticas, que son las que prevalecen en los tiempos que corren, cada año, en las clases de Lingüística General que imparto en la Universidad Complutense a los alumnos de filologías de lenguas hegemónicas, siempre lanzo en clase la misma perorata: les recomiendo completar su formación en lenguas hegemónicas con el estudio de, al menos, una lengua de menos de veinte millones de hablantes, es decir, comparada con el inglés y el español, aparentemente (solo aparentemente) inútil. “Estudiad, por ejemplo, búlgaro (lengua no hegemónica en Europa pero sí en Bulgaria), traducid a Gueorgui Gospodínov y quizás un día leáis en un periódico digital (es decir, para entonces, en un periódico) que le han dado el premio Nobel”. Con este discurso, por cierto, no solo les aconsejo lo que pienso y lo que a mí me ha funcionado estupendamente, sino que, además, intento contrarrestar el discurso que reciben de muchos de sus profesores: el discurso de la lengua hegemónica que solo contempla un planeta de lenguas hegemónicas, siempre y cuando, eso sí, la suya siga siendo una de ellas.

Enseñar euskera o traducir al euskera viviendo en Madrid tiene el inconveniente de tener que dar permanente explicaciones. *¿Por qué? ¿Para qué?* Con el paso del tiempo, he aprendido a contestar, no lo que se me viene a la cabeza (es decir, “porque me da la gana”), sino *“porque gracias al euskera puedo pagar la hipoteca”*. Esa explicación la entiende todo el mundo y permite zanjar la cuestión por la vía rápida.

Traducir al vasco no es para mí una labor inútil, ni mucho menos, y tengo muchas razones para pensar así. Entre otras, las siguientes:

1: Frente a la opinión bastante extendida de que es una lengua que apenas tiene hablantes, siempre cabe apelar al dato que en más de una ocasión ha recordado el sociolingüista Kike Amonarriz: que, en una escala de 0 a 10 (desde las lenguas menos habladas del mundo hasta las más habladas), el euskera se sitúa, hoy por hoy, en el 9.

2: Además, es cooficial en una comunidad autónoma y semicooficial en otra, de lo cual no pueden presumir miles de lenguas del mundo.

3: Da mucho gusto, la verdad, traducir al euskera literatura checa no traducida al español. Para mí fue un privilegio poder traducir al euskera un libro de cuentos de Josef Škvorecký, *Hořskej svět* ('Mundo amargo') en checo y *Mundu mingotsa* en euskera, obra que, como digo, no se puede encontrar en la lengua de Cervantes. Por cierto, es sorprendente que las novelas de Škvorecký hayan llegado al español a través del inglés como lengua puente.

4: Siempre podré presumir de que la primera traducción que se hizo en España del original checo de las aventuras del buen soldado Švejk, de Jaroslav Hasek, fue la mía, y al euskera. Hubo una anterior, de 1980, al español, publicada por Destino, pero la traductora, Alfonsina Janès, utilizó el alemán como lengua puente.

5: Aunque no es decoroso hablar de dineros, he de decir que en mi última traducción de poesía checa se me abonó sobre lo recaudado por las ventas del libro un porcentaje veinte veces mayor que el que recibieron mis amigos Martin Lexel y Juan José Ortega por la traducción al español de una trilogía de la que, eso sí, se vendieron tres millones novecientos noventa mil ochocientos ejemplares más que de esa traducción mía al euskera de poemas de Miroslav Holub.

6: Además de la diferencia en el porcentaje³, hay que tener en cuenta que mi nombre como traductor figura en la portada de la traducción citada, y que las editoriales vascas suelen tener ese detalle con los traductores al euskera, rescatándonos así de la invisibilidad. En cambio, Martin y Juanjo no gozaron de semejante y merecido honor.

7: Pero lo más satisfactorio de ser traductor al euskera es que me ha dado la oportunidad de colaborar estrechamente con otro traductor y gran amigo.

³ Aclaro que el punto anterior era irónico.

Siempre he entendido la traducción como un trabajo en equipo, como una actividad placentera que he compartido con Javi Cillero, gran traductor y excelente narrador.

8. Por otro lado, en tres traducciones he contado con la inestimable colaboración de correctores. *Mundu mingotsa* le debe mucho a Juan Garzia; *Izateraren arintasun jasanezina* a Juan Luis Zabala; y mi traducción de Miroslav Holub a Beñat Sarasola y Mikel Elorza. Quiero aprovechar esta ocasión para expresarles mi agradecimiento. Los traductores estamos en deuda con los correctores, cuyos nombres también deberían aparecer en los libros.

Pero no todo ha sido ni es un camino de rosas:

1: El euskera está en el número 9 sobre 10 en la escala de lenguas establecida a partir del número de hablantes, pero, al mismo tiempo, la UNESCO lo sitúa, hoy por hoy, entre las lenguas “vulnerables”. Es decir, está en mejor situación que las lenguas “en peligro”, “seriamente en peligro”, “en situación crítica” y “extintas”, pero... no se incluye entre las lenguas “a salvo”.

2: Traducir literatura al euskera no ha contado, en mi opinión, y salvo contadas excepciones, con el apoyo y reconocimiento de los escritores vascos, y he de decir que Anjel Lertxundi, organizador de esta Carta Blanca, protagoniza de forma militante dicha excepción, tal como ha demostrado invitándonos a tres traductores.⁴

3: Las tiradas de las traducciones al euskera son de pocos ejemplares, y mis traducciones no son una excepción, sino, incluso, un ejemplo palmario.

4: Explorar caminos inexplorados tales como traducir literatura checa al euskera resulta apasionante pero, en algunos aspectos, algo engorroso. No existe ningún diccionario checo-vasco. No existe, como digo, tradición traductológica checo-vasca. Las personas que han revisado mis traducciones antes de ser publicadas son virtuosos de la lengua vasca, pero no saben checo, de modo que no han podido juzgar la calidad de la traducción, sino solo del texto meta.

4 Mientras escribo estas líneas tengo encendida la radio y oigo decir a Bernardo Atxaga, como queriendo sumarse a dichas excepciones: “Si queremos que nuestro idioma consiga nuestra utopía, hay que poner toda la atención en un aspecto concreto llamado traducción, pues la traducción va a decidir la situación de nuestra lengua” (Faktoria Albistegia, Euskadi Irratia, 5-12-2016).

5: No son pocas las dificultades estrictamente lingüísticas que entraña traducir del checo al euskera. El checo es una lengua indoeuropea y eslava, en tanto que el euskera, como es bien sabido, no es ni lo uno ni lo otro. Las diferencias genealógicas acarrearán consecuencias tipológicas y, particularmente, sintácticas. Traducir del checo al euskera plantea, por tanto, dificultades similares a las que supone traducir al euskera desde cualquier lengua indoeuropea y, especialmente, desde cualquier lengua eslava. Aquí me limitaré a citar algunas de las diferencias entre el checo y el vasco que pueden dificultar la traducción de uno al otro. El checo es una lengua SVO (con el orden sujeto-verbo-objeto) y el euskera es, supuestamente, SOV (sujeto-objeto-verbo). El checo, como el resto de lenguas indoeuropeas, tiene pronombres relativos y la oración de relativo se sitúa a la derecha del antecedente, permitiendo largos y complejos periodos sintácticos; el euskera suele recurrir a un sufijo relativizador –N adherido al verbo relativo y la oración de relativo, tal como ocurre en japonés, se sitúa a la izquierda del núcleo nominal (al que, por tanto, no podemos llamar antecedente, sino, en todo caso, poscedente), estructura en principio incompatible con largos periodos sintácticos. Por ello, los escritores vascos clásicos recurrieron a una herramienta muy útil: los relativos de origen interrogativo (pronombre ZEIN ‘cual’ y adverbio NON ‘donde’), que permiten estructuras relativas a la derecha del núcleo de nominal, al igual que ocurre en las lenguas indoeuropeas. Pues bien: esa vía fue demonizada por el purismo lingüista, del que no nos hemos zafado la mayoría de escritores y traductores actuales. El purismo lingüista reprobó y reprueba el uso en euskera de utilísimos recursos lingüísticos prestados de otras lenguas. Otro problema traductológico checo-vasco lo encontramos en la dificultad de expresar en euskera el abismo que existe entre el checo literario y el checo coloquial, abismo que afecta a todos los niveles de la lengua (fonético, morfológico, sintáctico y léxico). Hay autores tales como Bohumil Hrabal que han gustado de incorporar el checo coloquial a sus novelas y cuentos. En cambio, los narradores en lengua vasca no han solido recoger el registro coloquial ni siquiera en los diálogos, al menos hasta nuestros días⁵, y,

⁵ Esta precisión la añado porque en los últimos tiempos estoy detectando una tendencia cada vez más generalizada entre vascohablantes contraria al euskera batúa y partidaria del uso de los dialectos vascos en cualquier ámbito.

por tanto, no resulta fácil reflejar en las traducciones al euskera esas características fonéticas, morfológicas, sintácticas y léxicas del checo oral. ¿Cómo expresar en euskera la diferencia entre *dobrý* (adjetivo que significa “bueno” y está declinado en caso nominativo, número singular y género masculino, con la terminación –ý del checo literario) y *dobřej* (variante coloquial del anterior, con la terminación –ej)? Otras dos dificultades traductológicas checo-vascas se refieren a la morfología verbal: por un lado, las lenguas eslavas hacen una distinción entre formas verbales perfectivas e imperfectivas que a menudo es difícil de verter adecuadamente al euskera y a otras lenguas, y, por otro, las lenguas eslavas tienen una riquísima prefijación verbal que matiza hasta niveles inimaginables el significado del verbo, obligando a menudo al traductor al vasco o a otra lengua a recurrir, ante la falta de un equivalente léxico, a una paráfrasis de tres, cuatro o cinco palabras si quiere dar cuenta de dichos matices. Por ejemplo, del verbo *pít* (‘beber’) se derivan las siguientes variantes con sus correspondientes prefijos: [vypít](#); [napít se](#); [napít](#); [dopít](#); [upít](#); [upíjet](#); [napájet](#); [opít](#); [opít se](#); [opíjet](#); [opíjet se](#); [zpít se](#); [popít](#); [popíjet](#); [podnapít se](#); [přepít se](#); [připít](#); [propít](#); [vpít](#); [zapít](#).

Podrá pensarse que traducir del checo al euskera es un ejercicio de impunidad dado que los autores no pueden comprobar la fidelidad de la traducción. Cuando he traducido a autores fallecidos, como es el caso de Jaroslav Hašek, dicha impunidad fue, huelga decirlo, total. Pero no fue así, en cambio, en el caso de mi traducción *Amodio barregarriak* del libro de cuentos de Milan Kundera *Směšné lásky* (‘*El libro de los amores ridículos*’). Es conocida la obsesión de Kundera con las traducciones de sus obras. En el caso al que me refiero, el escritor de Brno no tuvo tiempo para ponerse a aprender vasco, pero sí que tomó la precaución de, al menos, preguntar a la editorial Erein cómo se dice en euskera “y” para comprobar que allí donde él había puesto la conjunción copulativa checa aparecía en la traducción la conjunción copulativa vasca. Dicho sea de paso, nunca está de más recordar alguna de las reflexiones que Kundera hizo en su momento sobre la labor de los traductores para intentar rescatarnos de la invisibilidad fantasmal, al tiempo que entonaba un *mea culpa*:

*Hablo mal de los traductores y es injusto. Están mal pagados, mal apreciados, maltratados y se les pide cosas poco compatibles: estar en todo momento a la altura del autor y, al mismo tiempo, estarle totalmente subordinados. Terrible. Sin embargo, son ellos los que nos permiten vivir en el espacio supranacional de la literatura mundial, son ellos los modestos constructores de Europa, de Occidente.*⁶

Dejo descansar a Milan Kundera y vuelvo a mi modesto discurso. Mi lengua fuente habitual, el checo, tiene un número de hablantes que puede despertar la envidia de cualquier vascófilo: doce millones. Y, además, es la lengua hegemónica del Estado en la que es lengua oficial. El checo es una lengua cuyo futuro, al menos a corto y medio plazo, parece asegurado. Los escritores checos escriben normalmente en checo, salvo excepciones, la mayoría de las cuales se trata de autores que allá por 1968 decidieron emigrar, y no casualmente, a algún país con lengua internacionalmente hegemónica. Algunos de ellos optaron, a partir de determinado momento, por hacer literatura parcial o totalmente en francés, como es el caso de Věra Linhartová, que emigró a Francia en 1968, o el de Kundera, que en sus primeros años de vida en dicho país siguió escribiendo en checo pero que, a partir de un determinado momento, abandonó su primera lengua para escribir exclusivamente en su lengua de acogida. Y, no solo eso: para la traducción de sus novelas escritas en checo, Kundera autoriza que la lengua fuente sea tanto el checo como el francés. Es decir, para Kundera, la traducción al francés comparte con el texto checo el rango de versión original. No es, pues, de extrañar, que en la convocatoria de 2007 del proyecto *Literatura Unibertsala* (proyecto de traducción al euskera de obras relevantes de la literatura universal), en la que figuró su novela *La insoportable levedad del ser*, esta apareciera citada en el listado con el título en francés, como si Kundera la hubiera escrito en dicha lengua. Hay que recordar que la traducción al francés se publicó en 1984, un año antes que el original checo, editado en Canadá al estar prohibido en Checoslovaquia. Pues bien: mi reclamación para que también se aceptara el

⁶ “27 palabras en la vida de un escritor”, *El País, Domingo*, pág. 17, 15 de diciembre de 1985.

checo como lengua fuente me permitió concursar y, posteriormente, lograr que se me adjudicara la traducción de dicha novela. El libro llegó sin estruendo a las librerías vascas (o, al menos, a algunas librerías vascas) en 2009, veinticinco años después del *boom* a nivel mundial que supuso la traducción de la novela a todas las lenguas hegemónicas.

Más llamativo que el de Linhartová o Kundera resulta el caso de Václav Jamek, que, aun viviendo en Praga, publicó en 1989 la novela *Traité des courtes merveilles*, que salió en español en 1991 con el título de *Tratado de las cortas maravillas*. Parte de la producción literaria de este autor ha sido escrita en checo y parte en francés.

Por su parte, la escritora Monika Zgustová optó por el español después de instalarse en Barcelona en los años 80 del siglo XX. Zgustová compagina la escritura de novelas en español con la traducción de literatura checa al catalán y al español.

En el polo opuesto de Linhartová, Kundera y Zgustová se sitúan los escritores que emigraron a un país cuya lengua era hegemónica (e, incluso “muy hegemónica”) pero que decidieron seguir escribiendo solo en checo. Un caso paradigmático fue el del anteriormente mencionado Josef Škvorecký, que emigró a Toronto en 1969, donde vivió hasta su muerte, en 2012. Škvorecký nunca dejó de escribir en checo, no se pasó al inglés, y, por si fuera poco, fundó en 1971, junto a su esposa [Zdena Salivarová](#), una editorial de nombre muy significativo, Sixty-Eight Publishers, en la cual vieron la luz, en su versión original en checo, numerosas obras literarias que habían sido prohibidas en Checoslovaquia.

Y termino: mi lengua de trabajo, el euskera, quizás tenga un futuro incierto, quién sabe dónde estará dentro de 100 años, en qué grupo de lenguas lo situará la UNESCO (si es que la UNESCO existe para entonces), pero ello no quita para seguir en la brecha con el mismo entusiasmo de mis comienzos. Ser un *agonías* no conduce a nada más que al desánimo y a la inacción. Desconozco el efecto que mis traducciones producen en mis pocos lectores. Conozco el efecto que mis traducciones producen en mí, y eso, al menos de momento, me basta. Por otro lado, en este momento me vienen a la cabeza todos los traductores a una lengua hegemónica tal como el español cuyas traducciones son publicadas en ínfimas tiradas sin que, aun así, muchas veces

no se vendan todos los ejemplares. Traducir literatura a una lengua hegemónica no es garantía de éxito. Poder acceder a un potencial mercado de 500 millones de lectores puede ser una ilusión que choque con la cruda realidad de los números, a no ser que tengas la suerte de llamarte Martín Lexel o Juan José Ortega y traducir la trilogía *Millenium* de Stieg Larsson. La mayoría (por no decir todos, incluidos los traductores más célebres) de los que hacen traducciones literarias a lenguas hegemónicas tienen otra actividad como verdadera profesión. Unos y otros no somos, pues, tan distintos.

Que una lengua minorizada y vulnerable como el euskera haya sido mi lengua de trabajo en el campo docente y traductológico me ha permitido participar en esta *Carta Blanca* de Anjel Lertxundi. Compartir mesa con él, con Miguel Sáenz y con Raul Zelik ha sido un gran honor para un servidor, último mono pero feliz. Ellos tres, cada vez que abren la boca, nos enseñan que la sabiduría y la humildad pueden ir de la mano. Excepciones militantes, a mi modesto entender.